

# La Generación del Treinta y Ocho

Por EDMUNDO CONCHA

Pocos conceptos más discutibles que el de generación, entendida como un grupo de escritores enmarcados en un mismo periodo y bajo un homogéneo signo estilístico. Como se sabe, entre otros casos se da una generación cuando toda ella es hija de un trascendente hecho histórico ajeno a la literatura, pero que termina reorientándola; también si, por causas imponderables, todos sus componentes resultan afines en importantes aspectos de fondo y de continente; y, ay, existe asimismo si varios autores coetáneos, sin obra suficiente para sobrevivir más allá de su propio tiempo, se adhieren como naufragos a una determinada hoja del calendario.

En Chile, entre otras generaciones literarias, la del treinta y ocho tiene rasgos acusadamente definidos. Nació a la luz de un movimiento político que le dio su sello, con sus virtudes y sus limitaciones: el Frente Popular, fórmula que en su recorrido anterior pavimentó amablemente el camino del fascismo en Francia, y desencadenó una guerra civil de tres años con el saldo final de un millón de muertos en España.

El Frente Popular chileno, sin llegar a ningún exceso siquiera parecido, acicateado por el aislamiento en que se tuvo que vivir durante la segunda guerra mundial, por el bloqueo de los transportes internacionales, completó una infraestructura que sirvió de base para promover la expansión industrial. Con ello empezó a crecer el proletariado urbano, cuyos intereses mantuvieron su gravitación en los gobiernos sucesivos, y una clase media ilustrada que habría de convertirse en un factor de equilibrio para que Chile no cayera, merced a la mecánica pendular de la historia partidista, en los extremos que han vivido ordinariamente otros países latinoamericanos. Por añadidura, luego de concertarse la paz mundial, se inició una era de cambios en cadena en casi todo el mundo, cuyos efectos no fueron ajenos a Chile. Ellos, "grosso modo", fueron: la implantación del régimen comunista en zonas geográficas cada vez más amplias, la nueva visión del alma humana aportada por una mayor divulgación del psicoanálisis, el avance de la física hasta posibilitar la energía atómica, y el descubrimiento de los antibióticos, remedio que habría de encender la mecha de la explosión demográfica.

Esta es la escenografía del "tiempo nuevo", en el que se modela la "generación del treinta y ocho". Dos acontecimientos importantes, además, influyeron en su orientación ideológica: la crisis mundial de los años 28-30, y el impacto de la Guerra Civil Española, justamente alrededor de 1938. De ahí que a esa altura la mayoría de ellos reconociera cuartel en los partidos de izquierda.

Los miembros de la "generación del treinta y ocho" nacen en las proximidades de 1915, se forman ideológica y literariamente en la encrucijada de 1938, y publican sus obras uno o dos lustros después, obras que abarcan todos los géneros literarios. En su etapa de aprendizaje, de educación sentimental, sus lecturas son predominantemente extranjeras. Menosprecian un poco las letras nacionales, porque no sincronizan con la épica social que ellos admiran en sus autores favoritos de ultramar, cuyos libros les sirven de modelo. Entre ellos, hay que recordar la emoción con que leen "La condición humana", de André Malraux; "Tengo hambre", de George Fink; y "La ciudad y los años", de Constantino Fedin.

A lo largo de todo este periodo, naturalmente que se dan muchos escritores en Chile, sin que por ello todos pertenezcan a este grupo generacional. Sólo son miembros suyos los autores que se identifican con el signo de esa época de cambios radicales, ascendentemente realista, y no aquellos otros que reaccionan de modo distinto y escriben obras de corte predominantemente imaginativo e incluso surrealista.

Aunque sea tarea aventurada fijar deslindes en estas materias elásticas, y sin más propósito que postular un determinado orden, es necesario extender una nómina de los principales autores de cuentos y novelas que pertenecen a la "generación del treinta y ocho". Ellos son: Nicomedes Guzmán, Oscar Castro, Volodia Teitelboim, Gonzalo Drago, Guillermo Atlas, Andrés Sabella, Luis Merino Reyes, Juan Godoy, Baltazar Castro, Daniel Belmar, Fernando Alegria y Francisco Coloane.

Espíritus de naturaleza romántica, todos son sin embargo, crudamente realistas en sus páginas, donde en primer lugar dijérase que aspiran, desde diversos ángulos, a interpretar el espíritu insurgente del país. ("Autorretrato de Chile" se denomina significativamente una antología de relatos de algunos de ellos publicada en 1941). Chile y la chilenidad les obsesiona. Este país largo y flaco, de naturaleza sísmica, que José Ortega y Gasset en 1928 comparó con Sísifo, ya que también "debe levantar cien veces lo que cien veces se le viene abajo", está presente en cada una de sus creaciones.

La "generación del treinta y ocho" retoma la tradición narrativa del país con aportes realistas de nuevo cuño. Sus testimonios nacionalistas los presentan con un enfoque acomodado a la tónica del "tiempo nuevo". Superando la escuela criollista que la precedió—encabezada por Mariano Latorre y Luis Durand— para ellos el paisaje no es más importante que el personaje. En sus novelas y cuentos ya no prevalece el "color local", lo epidérmico del criollismo, ese "exotismo al revés", e intentan calar el fondo del alma no por lo que ella tiene de pintoresco, sino de auténtico y como tal de universal. Sus obras, al contrario de las de la generación anterior, tiene por escenario menos el campo que la ciudad, debido a que la nueva era del Frente Popular, al auspiciar la industrialización, provoca el éxodo del campesinado y enriquece la urbe con nuevos materiales novelescos.

Su narrativa resulta así trémulamente humana, concreta, casi tangible. Con ello, si bien a nuevos niveles, se suman a una larga tradición realista que proviene incluso del primer libro literario escrito en Chile, "La Araucana". Los desbordes de la imaginación, como se sabe, no son propios del temperamento de los chilenos, quienes, por vivir inmersos en una loca geografía, de riquezas difíciles de explotar, no deben distraerse y si mantener siempre los ojos muy abiertos a la realidad inmediata.

Por ser testigos de una época en que las aguas del socialismo van de crecida, sus obras apuntan más a la masa que al individuo. Son populistas, tendenciosos, épicos, con el optimismo propio de la lucha, de la acción. Estimulados por tal ideal social, de plena moda, defecan hiperbólicamente al pueblo. Piensan que si el suyo es un país en construcción, que "apenas va en el primer piso", es necesario diseñar sus características esenciales a través de su clase numéricamente mayoritaria. Siendo el pueblo el que juega de héroe en sus cuentos y novelas, crean por excelencia un modelo de literatura comprometida. Y si, por este camino no caen en el cartelismo o en otras servidumbres, es porque a la literatura se llega por muchos caminos, incluidos los más sospechosos.

Nicomedes Guzmán, Reinaldo Lombay, Gonzalo Drago, entre otros de sus representantes, a despecho de su posición apriorística, dejan páginas que captan a fondo el alma de la chilenidad, revestida siempre en una anécdota que a la vez cumple uno de los compromisos más serios de toda literatura: entretener a los lectores. Esta entretención, desde luego, no deriva tanto de la ingeniosidad de la trama, objetivo meramente lúdico, cuanto de la cantidad de vida auténtica que desborda, cuya corriente, al reflejar las experiencias de los lectores, hace que éstos se encumbren en el oleaje vital y sientan que el río de sus vidas está aun muy lejos del mar.